

Mi precio es ninguno

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © iStock.com/Kowit78

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Martín Casariego Córdoba, 2016, 2021

Autor representado por MB Agencia Literaria

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18708-25-1

Depósito legal: M-6.549-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Martín Casariego

Mi precio es ninguno

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

El hombre es una pregunta sin respuesta.

El amor es una respuesta sin pregunta.

PEDRO CASARIEGO CÓRDOBA

La serie de Max Lomas está dedicada
a los que quiero y a los que me quieren.
Creo que, felizmente, son los mismos.

El reloj de la pared marca las siete y veintitrés. Elsa lleva ya ocho minutos de retraso.

En eso no ha cambiado.

Se habrá plantado ante el espejo, esperando que le diga quién es la más bella del reino.

Y, si el espejo le ha dicho que ella, habrá salido a matar.

Como yo.

Hoy ha sido el día más corto del año, y hace más de una hora que el sol ha tomado las de Villadiego. A veces pienso que si en diciembre viéramos en blanco y negro no nos daríamos cuenta. Mírenme. Vuelvo a tener buena facha, ¿verdad? Como en los viejos y buenos tiempos. Bien vestido y bien afeitado. Se nota que los zapatos son de estreno. No hace ni cuarenta y ocho horas mi pinta era bastante peor. Es increíble lo que puede hacer el amor de una mujer por el aspecto de un hombre. Aunque la cojera, cortesía del Manco, sigue igual, claro. Ni siquiera Elsa es capaz de cambiar una cosa así.

—Un DYC con hielo. Dos dedos de DYC, si me haces el favor.

Para marcar la medida pongo los dedos junto al vaso. En horizontal, no en vertical, no vayan a creer. El camarero, un jovencuelo escuchimizado, no se pasa ni media gota, no sé si porque una mano con tres gruesos anillos le infunde respeto, o porque tiene instrucciones de ahorrar. Es un valiente. Aceptar trabajar aquí, con lo que sucedió anteanoche...

Miren mis ojos... ¿Qué ven en ellos? Sea lo que sea, seguro que algo distinto de lo que habrían visto hace seis años.

Tan solo dos días atrás me hallaba sentado en este mismo taburete. Aunque no todo estaba igual. Por ejemplo, colgaba un espejo cerca del reloj, delante de esos dos nuevos agujeros. Sobre el dintel de la puerta, como ahora, se aposentaba la figura de cerámica de un gato pintado de azul, con un medallón en forma de escarabajo en el pecho, un gato que al principio me disgustaba, pero al que he acabado apreciando. Sin embargo, esa figura ha perdido a la que la acompañaba, la de un elefante con la trompa alzada, barri-tando.

Pero había dos cambios mucho más importantes, tras cinco años en esta caverna: yo casi había abandonado toda esperanza de volver a ver a Elsa y el camarero era Toni, al que ustedes ya deberían conocer, en vez de este palillo de Sabas.

Y ya he dicho que mi aspecto era bastante peor...

¿Ven?

El mismo reloj, solo que marcaba las diez y media. A su lado había un espejo, en el que me veía reflejado: un varón blanco de treinta y tres años, con una chaqueta vieja, unos pantalones gastados por el uso y unos zapatos de marca, pero en las últimas, encorvado sobre la barra. Tras esta, el que atendía era Toni, un chaval al que una ya casi totalmente erradicada enfermedad infantil había dejado parapléjico. Toni usaba muletas para desplazarse, aunque dentro de la barra lo hacía a gran velocidad apoyándose en los codos. Tenía una fuerza terrible en los brazos, y sus manos eran como tenazas. En cuanto al gato pintado de triste y azul, estaba sobre el dintel y sobre los cuartos traseros, esperando no se sabe qué con la inmovilidad de un faraón y la paciencia de un chino, observándome, como ahora. Contrastando con su tranquilidad, el elefante parecía furioso.

En realidad, todo esto empezó hace mucho tiempo, suponiendo que ustedes estén de acuerdo conmigo en que ocho años es mucho tiempo. Algo en lo que, desde luego, ni un chino ni un faraón convendrían.

—Otro, Toni.

Toni vertió dos dedos de DYC. El pobre tenía un catarro de narices. A perro flaco, todo son pulgas. Puse mi mano junto al vaso para indicarle que quería tres.

—No ratees, chaval, que en mis planes no entra donar mi hígado.

Toni me miró con lástima, o puede que simplemente con simpatía, para darme la oportunidad de conformarme con dos dedos, pero me mantuve inflexible y rellenó el vaso hasta la altura indicada. A Toni ya no le llamaban la atención los anillos que rodeaban mis dedos: dos en mi mano izquierda y tres en la derecha. En total, cinco anillos, si no han cambiado las matemáticas, y ninguno de ellos una alianza. Cinco anillos que hace tiempo dejaron su sello en unos cuantos rostros. Todavía los llevaba, por costumbre y porque creía que me daban suerte.

¿Suerte?

¿A estas alturas, Max Lomas?

Aparte de Toni y de mí solo había un par de parejas, que se metían mano en los rincones con bancos almohadillados, atraídas por la penumbra. El resto del bar, su mobiliario, su música o su servicio, no conseguía atraer a nadie.

En cinco años nadie se había molestado en pintarlo, comprar un disco, limpiar los almohadones o disimular las quemaduras de cigarrillos, ni siquiera en reponer un par de bombillas fundidas. El Gato Azul era una señora gorda y fea que llevaba demasiado tiempo sin ducharse ni maquillarse, y yo me había casado con ella. Por eso Toni y yo nos volvimos cuando oímos que la puerta se abría y cerraba.

Bueno, yo me giraba cada vez que se abría, siempre con el mismo anhelo rematado por el mismo desengaño.

No, no había abandonado toda esperanza al entrar en esta caverna. Aunque, quizá para demostrarme a mí mismo que ya todo me resbalaba, sí había abandonado la costumbre de los guardaespaldas de sentarme de frente a la puerta, con la espalda contra una pared.

Resultaba curioso. Albergaba la ilusión de que algún día entrara Elsa y, a la vez, sabía que era casi imposible que eso sucediera. Una escaramuza más de la eterna guerra entre racionalidad e irracionalidad.

Una mujer, de perfil, elegantemente vestida con un abrigo negro, apoyaba una pierna en un taburete, examinando la carrera que se había abierto camino en su media. Toni emitió un silbido de admiración bajito, para que solo lo oyera yo. No era para menos: aquella carrera, en aquellas piernas, no era una carrera cualquiera. Era las 24 Horas de Le Mans, y mi corazón se puso a galopar.

Casi imposible. Y, sin embargo, por fin, me había encontrado.

«Quien bien se ha escondido bien ha vivido», escribió Ovidio pensando en Epicuro.

Empezó a sonar *Caballo viejo*, interpretada por Los Micondo. *Cuando el amor llega así de esta manera / uno no se da ni cuenta. / El cauca se reverdece y el guamachito florece / y la soga se revienta. / Caballo le dan sabana porque está viejo y cansao...*

So, caballo, me dije.

En mil ocasiones había imaginado aquel momento. A veces me levantaba e iba hacia ella, a veces me ponía a bai-

lar, a veces me escapaba, a veces me quedaba atornillado al taburete, impertérrito, como un maniquí.

Y a la hora de la verdad fue esto último lo que hice, pese a que mi corazón continuaba galopando.

—Virgen Santa —exclamó la mujer.

Aunque no hubiese hablado, aunque me hubiera dado la espalda, aunque llevara tanto sin verla, e incluso aunque ahora gastara abrigo, la habría reconocido entre un millón.

Tras el galope desenfrenado, el corazón me dio un vuelco, como si hubiera tirado violentamente de las riendas.

Corazón estúpido y desobediente.

Me giré y le di la espalda.

Elsa se acercó a la barra y, sin siquiera mirar al tipo que se encorvaba sobre ella, esto es, sin dignarse mirar a un servidor, se dirigió a Toni. Si yo hubiera sido un taburete, me habría hecho el mismo caso. O puede que más: igual me habría plantado la pierna encima.

—Un paquete de Dunhill, por favor.

En realidad, a lo mejor tampoco había reparado en Toni, y Toni no era para ella más que una máquina expendedora de tabaco. Tenía la rubia melena lustrosa y brillante, perfectamente peinada, como si acabara de salir de la peluquería.

—No hay.

Y si una potra alazana caballo viejo se encuentra / el pecho se le desgarrá...

Toni se pasó rápidamente el dorso de la mano por debajo de la nariz. Ante tan distinguida dama le avergonzaba sorberse los mocos como hacía cuando estaba con cualquier otro cliente.

—Entonces, Marlboro.

El ayer no existe, pero el pasado estaba aquí. Recordé al Jari y a Marlboro, sus cadáveres en un descampado.

Elsa le dedicó una sonrisa que habría desarmado a un gladiador romano. Toni echó un veloz vistazo hacia los paquetes de tabaco que se amontonaban en una de las baldas, y luego se volvió nervioso hacia Elsa.

—Tampoco hay.

—Bueno, el rubio más caro que tengas. Ya sabes. El tabaco, rubio. Los hombres, según.

Elsa volvió a sonreír a Toni. No lo he dicho porque no me ha dado la gana, pero el muchacho era muy moreno de piel y de pelo, así que aquello podía tomarse por un cumplido. Toni le pasó un paquete de Camel.

—Son tres cincuenta.

Ahora era Toni el que me daba lástima a mí. Le creía capaz de estar un año reproduciendo en su cerebro las facciones de aquella mujer, tentado de pensar que ella alimentaba las mismas ensoñaciones que él. Toni lo tenía crudo con las mujeres. Un gran corazón, sí, pero sobre un par de muletas. Yo confiaba en que acabara encontrando un mirlo blanco, pero, si para los demás era difícil, no digamos para él. Toni había visto una película en la que la chica se enamoraba del protagonista, un impedido, pero eso todavía no había sucedido en la de su vida. Nunca había tenido novia, y miraba a Elsa embobado. No sabía qué estaba pasando.

Yo sí.

Simplemente, que Elsa estaba comprando una cajetilla de tabaco.

De cualquier modo, la sorpresa de Toni era muy comprensible: su bareto no era lugar para mujeres como aque-

lla. Una luz hacía que nuestras sombras se destacaran de forma nítida sobre la pared. Miré las siluetas como si fueran ellas las que hablaran, como si estuviese asistiendo a una función de un teatrillo.

—¿Tienes fuego?

Elsa había abierto la cajetilla de tabaco y extraído con un gesto lleno de gracia un cigarrillo que ahora estaba en sus labios. Jamás prendía sus propios cigarrillos. Podría pasarse veinte horas con un pitillo en los labios muriendo por fumárselo y sin encenderlo, si había un hombre en cien metros a la redonda. Pensaba que cada uno desempeñaba un papel en esta vida. Y ella era la Chica.

—¿Yo?, sí —intervino la silueta masculina.

—Vaya, Max —respondió la silueta femenina sin volverse—. Creí que ibas a pasarte la noche ahí sentado sin decir esta boca es mía. Por cierto, deberías comprarte unos zapatos. Esos que arrastras tienen pinta de que les has dado ya un par de vueltas al cuentapasos. Me parece muy bien que pases de estar a la última, pero de ahí a estar en las últimas hay un trecho.

Si la había sorprendido, sabía disimularlo. Habría reconocido mi voz entre un millón, aunque ahora fuera más aguardentosa, aunque llevara demasiados años sin escucharla. En cuanto a ella, había endurecido un poco su manera de hablar.

Ya averiguaría si su dureza era la de una coraza o la de su corazón.

La canción seguía sonando. *Cuando el amor llega así de esta manera / uno no tiene la culpa. / Quererse no tiene horario ni fecha en el calendario / cuando las ganas se juntan...*

El cigarrillo tembló un instante en su boca, y, cuando dejó de hacerlo, se volvió hacia mí, para mirarme por primera vez, respirando tranquilidad. Sí, seguía teniendo un magnífico dominio de sí misma, pero ahora usaba abrigo, una prenda que antes despreciaba y ni por equivocación se ponía. Esta Elsa de más de un lustro después, que acariciaba el dorso de mi mano mientras le ofrecía fuego, había renunciado a luchar contra el frío contando con su mente como recurso principal. ¿Era ahora más débil o, por qué no decirlo, más humana?

Sí, me había rozado la mano, mientras le daba fuego.

Me esforcé por convencerme de no haber sentido nada.

Pero claro que sentía. Una mezcla de odio y amor.

Y no necesariamente en ese orden.

De fascinación, temor y deseo, una mezcla que pretendía haber enterrado, y que afloraba con intensos colores, rojo, negro, verde.

Cuando el pitillo estuvo prendido, Elsa se separó de mí y me observó.

— Gracias — dije, tras aguardar unos segundos.

— De nada — replicó.

— ¿Realmente crees que eres tú quien ha tenido la atención?

Me miró en silencio, como estudiándome, con una mueca de ironía casi imperceptible.

— Llevo años soñando con este reencuentro. Lo imaginaba menos frío.

— ¿Cómo me has encontrado, Elsa?

— Casualidad.

Vitam regit fortuna non sapientia. «El azar, no la sabiduría, rige la vida». O eso escribió Cicerón.